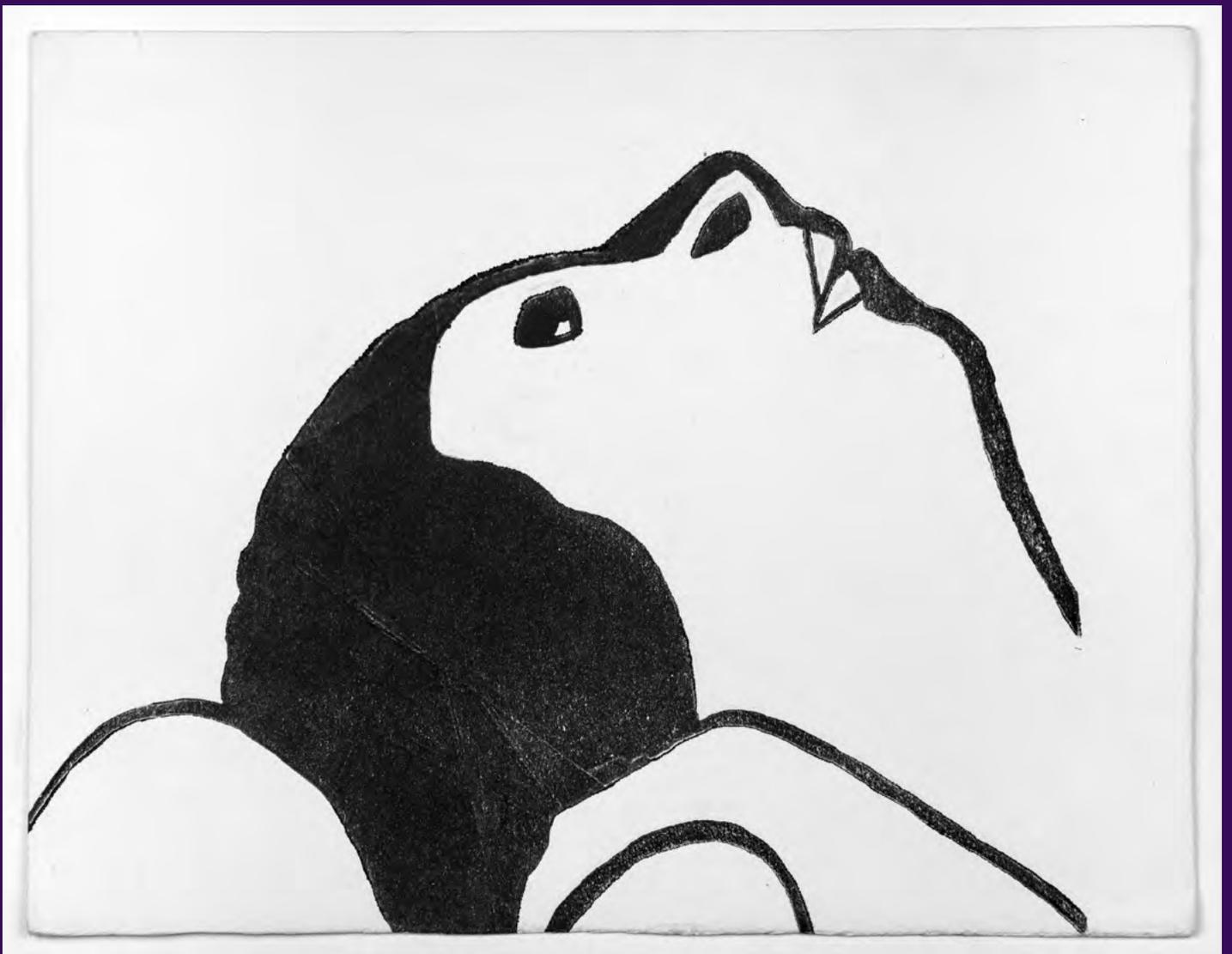


Artista invitada

Beatriz González

Beatriz González (Bucaramanga, 1932) no sólo ha recorrido los caminos de la creación artística, sino también los de la historia y la museología, trayectorias en apariencia distantes entre sí. Su obra artística inició a fines de la década de los años cincuenta cuando pasó de Bucaramanga a Bogotá para iniciar sus estudios universitarios. Desde la indefinición propia de una joven veinteañera, dudaba entre las materias de arquitectura y diseño en la Universidad de los Andes, mientras que, de la mano de la crítica de arte Marta Traba y el filósofo Danilo Cruz Vélez, fue acercándose cada vez más a las artes. Una vez allí, el pintor Juan Antonio Roda fue su más reconocido maestro. Enamorada de la historia del arte, sus primeras obras fueron interpretaciones de pinturas, que su mirada aguda y crítica fue transformando en comentarios sobre la forma en que aquellas imágenes llegaban a los entonces llamados *países subdesarrollados*. Impresos desteñidos de las vitrinas de las librerías, los primeros intentos por imprimir en varias tintas las imágenes de la prensa fueron alimentando las estrategias pictóricas, que hasta hoy utiliza, en las cuales deja a la vista luminosas capas de color que parecen emerger del fondo de sus pinturas. Desde ese lugar de observación de lo formal, no demoró mucho en detenerse en el contenido de esos periódicos. Así fue sumando a su repertorio un mundo menos bello pero más real, el de la violencia cotidiana. De allí surgieron *Los suicidas del Sisga*, su primera obra premiada en 1965. La década de los años setenta sería de una gran exploración formal, cuando muchas de estas inquietudes se desarrollaron y

lograron expresión en su serie de muebles. Observaciones sobre la alta y la baja cultura, así como la exploración de materiales y formatos para la pintura dieron lugar a esas obras que ponían en crisis las categorías que en aquel momento separaban por técnicas el trabajo de un artista. Si bien siempre se ha autodefinido como pintora, sus obras no se han restringido a ésta, más bien han sido las necesidades expresivas las que la han llevado desde los muebles, que por su carácter tridimensional llamaríamos *esculturas*, pasando por exploraciones con el dibujo, diversos tipos de grabado e impresión en papeles, telas o plásticos, e instalaciones. Han sido, pues, otros los móviles para crear su obra. Ya en la década de los ochenta observaba con agudeza a través de una larga serie de dibujos la gestión de Julio César Turbay Ayala, lo que la llevó a identificarse como “pintora de la corte” a la manera de Goya. Su tono irónico y crítico tuvo en la toma del Palacio de Justicia su punto de inflexión. Desde aquel momento, según su propio relato, decidió que no podía seguir riéndose de lo que pasaba. Las víctimas de la guerra pasaron a ser el centro de sus obras. Madres que lloran a sus hijos, cadáveres que flotan río abajo o cuelgan de un guando, hombres y mujeres que piden justicia, todos tomados de las noticias que recorta día tras día de los diarios colombianos. Tal vez sea en la práctica de la investigación hemerográfica uno de los puntos donde se tocan el mundo del arte y el de la historia en la obra de Beatriz González. Su dedicación a los artistas decimonónicos, agudos observadores de su tiempo como José María Espinosa o Peregrino



▪ *Tragedia pasional No. 3 (detalle mujer)*, 1985 | Tipografía en relieve sobre papel, imitación intaglio, 25 x 32.5 cm



▪ *Boceto de Dolores*, 2000 | Sanguina sobre papel, 80 x 80 cm



▪ *Boceto Las Delicias*, 1997 | Carboncillo sobre papel



▪ *En Familia*, 1995 | Sanguina sobre papel, 45 x 150 cm

Rivera, sería uno más. La extraordinaria investigación sobre la historia de la caricatura en Colombia y la agudeza de los comentarios críticos e irónicos en algunas de sus obras probablemente sea otro fundamental punto de cruce. Pero, por sobre todo, la observación del mundo colombiano desde adentro y la búsqueda de íconos nacionales sea el gran legado de Beatriz González. Una herencia que podemos ver desde la investigación y el coleccionismo en las principales recopilaciones públicas de Colombia, así como en la amarga repetición de las víctimas de la violencia en sus pinturas y en las

Auras anónimas (2009) del cementerio central, una obra que resume uno de sus más profundos deseos: que Colombia tenga un lugar simbólico donde elaborar el duelo y con esto la esperanza de que cese la violencia que nos atraviesa.

Carolina Vanegas Carrasco

Doctora en Historia del Arte. Docente e investigadora de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina).

E-mail: vanegascarrasco@yahoo.com



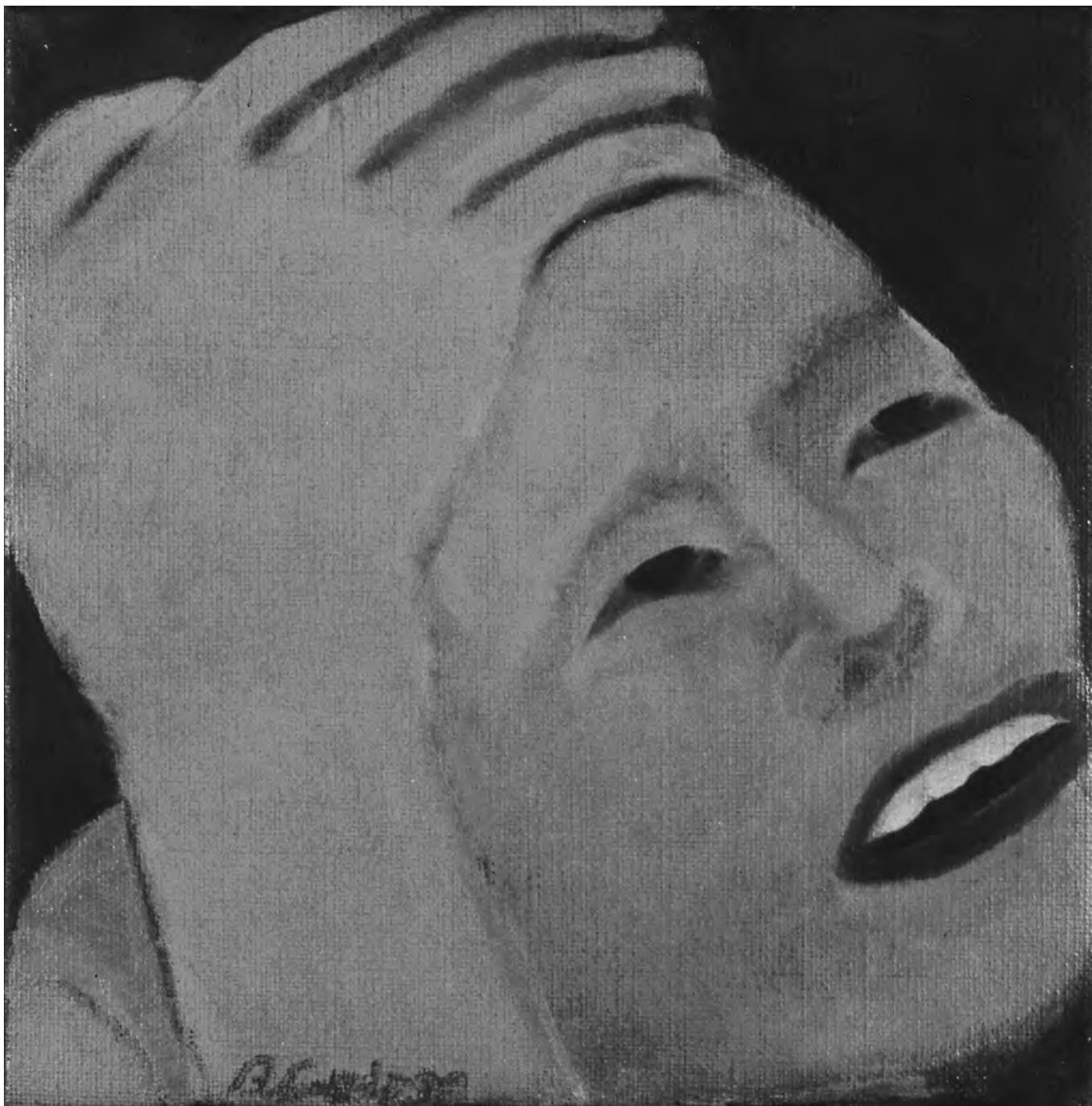
▪ *Empalizada*, 2001 | Óleo sobre tela, 120 x 205 cm



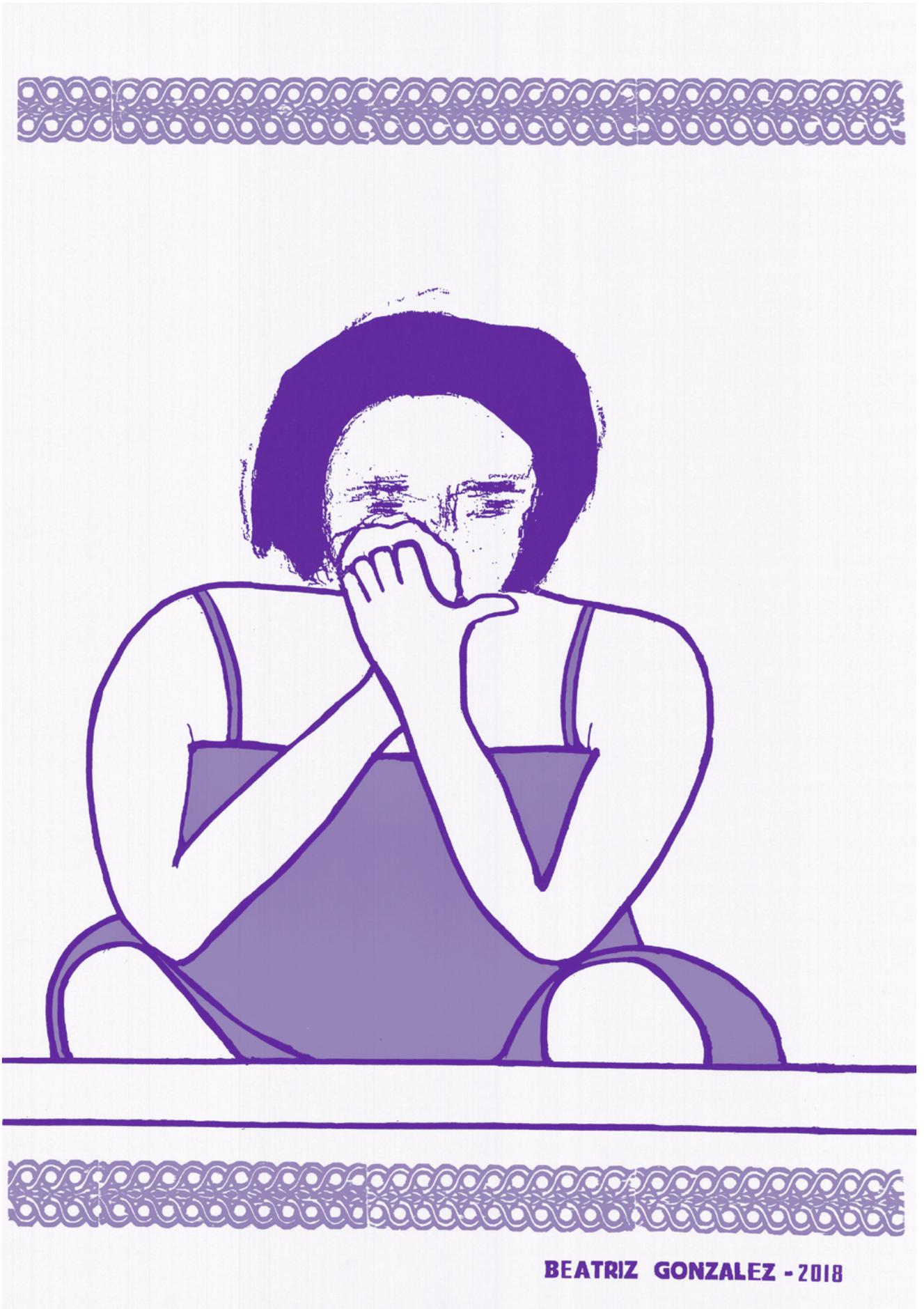
▪ *El Silencio*, 1997 | Óleo sobre lienzo, 160 x 45 cm



▪ *El Paraíso*, 1997 | Óleo sobre lienzo, 160 x 45 cm



▪ *Las Delicias 18*, 1998 | Óleo sobre lienzo, 24 x 24 cm



BEATRIZ GONZALEZ - 2018



▪ Boceto para papel de colgadura. *Predicadores*, 2001 | Óleo sobre tela, 80 x 62 cm

Beatriz González